

bueno y alegre estaba él, y qué amor á los humanos le inspiraba su pasión por la vida! Quizá el austero sabio no era más que un soñador, pues había realizado el más hermoso de los sueños, la creencia final en un mundo superior, cuando la ciencia haya investido al hombre de poder incalculable: aceptarlo todo, emplearlo para la dicha, saberlo todo y preverlo, reducir á la naturaleza á una servidora, vivir en la tranquilidad de la inteligencia satisfecha.

Más adelante, el trabajo deseado y metódico bastaría para la buena salud general. Tal vez el sufrimiento sería utilizado algún día. Y frente á labor tan enorme, ante la suma de los seres vivientes, malos y buenos, admirables siquiera por su valor y por su trabajo, Clotilde no veía más que una humanidad fraternal, una indulgencia sin límites, una infinita piedad y una caridad ardiente. El amor, como el sol, bañaba la tierra, y la bondad era el gran río donde bebían todos los corazones.

Hacia dos horas que Clotilde movía la aguja con el mismo movimiento regular, en tanto que sus fantasías desvanecíanse. Los cordones de las almillitas ya estaban recosidos; también había marcado las sábanas compra-

das la noche anterior. Cuando terminó su costura se levantó para ordenar la ropa. Afuera, el sol declinaba; las fajas de oro, estrechas y oblicuas, ya no entraban por las persianas. Clotilde apenas veía: fué á abrir una ventana y se quedó abstraída un instante ante el vasto horizonte que de pronto se desarrolló delante de ella. El calor sofocante cedía, un ligero viento soplabá en aquel cielo admirable, de un azul sin mancha. A la izquierda se distinguían hasta las menores copas de los pinos, entre los terrenos hundidos, color de sangre, del Seille; mientras que hacia la derecha, cerca de las costas de Santa Marta, el valle del Viorne se extendía hasta el infinito, en las arenas de oro de su lecho. Clotilde miró un instante la torre de San Saturnino, dorada también, dominando el pueblo teñido de rosado color. Iba á retirarse, cuando cierto espectáculo la hizo volver á su sitio y la retuvo allí largo tiempo, con los codos apoyados en la ventana.

Más allá de la vía férrea rebullía una muchedumbre que se amontonaba en el antiguo Juego del Mallo. Clotilde se acordó de la ceremonia, y comprendió que doña Felicidad iba á colocar la primera piedra del Asilo Rougon, el monumento victorioso, destinado

á transmitir á las edades futuras la gloria de la familia. Se habían hecho grandes preparativos: desde hacía ocho días no se hablaba sinó de una paleta de plata que la vieja señora usaría en persona, queriendo figurar y triunfar, á los ochenta y dos años. Lo que la henchía de un orgullo regio, era que terminaba la conquista de Plassans por tercera vez con esta circunstancia, pues obligaba al pueblo entero, á los tres barrios, á agruparse alrededor de ella, á escoltarla, á aclamarla bienhechora. En efecto, debían asistir damas elegidas entre las más nobles del barrio de San Marcos, una delegación de las sociedades obreras del barrio viejo, en fin, las gentes más conocidas del pueblo, abogados, notarios, médicos, sin contar el populacho, una ola de gente con trajes de domingo, que paseaban allí como en día de fiesta. Y en medio de este triunfo supremo, doña Felicidad era la más orgullosa: ella, una de las reinas del segundo imperio, la viuda que llevaba tan dignamente el luto por el régimen caído, por el triunfo de la nueva república, obligándola á venir en la persona del sub-prefecto á saludarla y á darle las gracias. No se había anunciado más que un discurso del alcalde, pero era segu-

ro, desde por la noche, que el subprefecto, hablaría también. Desde tan lejos, Clotilde no distinguía más que una confusión de levitas negras y de vestidos claros de mujeres, bajo el espléndido sol. Luego, un rumor vago: música, la murga de los aficionados del pueblo, cuyos acordes, en alas del viento, la llevaban por instantes, vibraciones de cobre.

Clotilde abandonó la ventana, abrió el gran armario de encina, tan lleno en otro tiempo de los manuscritos del doctor, y hoy vacío de ellos y ocupado por las ropas del niño. Parecía no tener fondo, según era de inmenso y ancho; en los estantes, amplios y desnudos, no había más que los pañales finos, las almillitas, los gorros, los zapatitos, el montón de sábanas, toda la lencería fina, la pluma ligera de pájaro, en el nido donde tantas ideas habían dormido amontonadas, donde se había acumulado, durante treinta años, la obstinada labor de un hombre, condensándose en una catarata de papeles, no quedaba más que el canastillo de un pequeño ser; ni siquiera sus vestidos, sino las primeras ropas que le cubrían por una hora, sin que él mismo pudiera servirse de ellas. La inmensidad del antiguo armario parecía alegre y refrescada.

Cuando Clotilde hubo colocado en un estante las sábanas y las almillas, vió en un gran envoltorio los restos de los legajos que había llevado allí, después de salvarlos del fuego. Recordaba una súplica que el doctor Ramond había venido á dirigirla por la noche: no era otra que la de ver si entre aquellos restos quedaba algún fragmento de importancia, de interés científico. El joven médico estaba desesperado por la pérdida de los manuscritos inestimables que le había legado el maestro. Inmediatamente de ocurrido el fallecimiento, se había esforzado en resumir la suprema conversación aquel conjunto de vastas teorías, expuestas por el moribundo con serenidad heroica; pero no logró más que incompletos resúmenes, faltaban estudios completos, observaciones hechas día por día, los resultados adquiridos y las leyes formuladas. La pérdida era irreparable é imponía una tarea que había que realizar; Ramond se lamentaba de no poseer más que indicaciones, y decía que necesitaba un plazo de veinte años, lo menos, para reconstruir y utilizar las ideas del trabajador solitario, cuyos trabajos habían sido destruidos por una catástrofe salvaje é imbécil.

El árbol genealógico, único documento in-

tacto, estaba en el envoltorio, y Clotilde lo llevó todo á la mesa, cerca de la cuna. Cuando sacó todos los restos uno á uno, se convenció de lo que ya creía cierto: que ni una página del manuscrito estaba completa, ni una sola nota hacía sentido. No quedaban más que fragmentos, trozos de papel medio quemado y ennegrecido, sin enlace, sin continuación. Pero á medida que Clotilde los examinaba, de aquellas frases incompletas, de aquellas palabras medio consumidas por el fuego, donde nadie más que ella comprendería nada, surgía el interés. Se acordaba de la noche de la tormenta: las frases se completaban, un fragmento de palabra evocaba los personajes, las historias. El nombre de Máximo apareció, y Clotilde recordó la existencia de aquel hermano que siempre le había sido extraño, y cuya muerte, ocurrida dos meses antes, no le arrancó una lágrima. Luego, un renglón cercenado que contenía el nombre de su padre la causó malestar, pues ella sabía que Saccard se había guardado para sí la fortuna y la casa de su hijo por culpa de la sobrina de su peluquero, aquella Rosa tan cándida, pagada con generoso estipendio. Encontró además otros nombres: el de su tío Eugenio, anti-

guo vice-emperador, muerto ya; el de su primo Sergio, cura de San Eutropio, del cual le habían dicho que estaba tísico, moribundo. A cada fragmento, Clotilde se animaba; la familia execrable y fraternal de sus deudos renacía entre aquellas cenizas negras, donde no había más que sílabas incoherentes.

Clotilde tuvo entonces la curiosidad de desplegar y extender sobre la mesa el árbol genealógico. Se había apoderado de ella la emoción; la habían enternecido aquellas reliquias, y cuando relejó las notas trazadas por el lápiz de Pascual, minutos antes de expirar, las lágrimas acudieron á sus ojos. ¡Con qué valor había escrito la fecha de su muerte! ¡Y cómo se sentía su tristeza, su desesperación de la vida, en las palabras temblorosas que anunciaban el nacimiento del niño! El árbol ascendía, se ramificaba, multiplicando sus hojas, y ella se abstraía largo tiempo en contemplarlo, pensando que toda la obra del maestro estaba allí, en aquella vegetación, clasificada y documentada, de su familia. Oía las palabras con que él comentaba cada caso hereditario; se acordaba de sus lecciones. Los niños la interesaban sobre todo. El hermano,

á quien el doctor había escrito á Numea para adquirir noticias acerca del niño nacido del matrimonio de Esteban, se había decidido á contestar, y lo único que decía era el sexo—una niña robusta.—Octavio Mouret había perdido á su hija, muy raquítica, mientras su hijo crecía vigoroso. Por otra parte, el fondo de salud hermosa y recia, de extraordinaria fecundidad, estaba siempre en Valqueyras, en casa de Juan, cuya mujer en tres años había tenido dos niños, y estaba en el tercer embarazo. La chiquillería retoñaba gallardamente al sol, tirada por el suelo, mientras su padre trabajaba y la madre aderezaba admirablemente la comida y lavaba á los niños. Había allí sobrada savia nueva para rehacer un mundo. Clotilde, en tal momento creyó oír el grito de Pascual: “¡Ah! ¿Qué va á ser de nuestra familia, en qué parará al fin?,” Y recayó en sus ensueños ante el árbol que prolongaba en el porvenir sus últimas ramas. ¿Quién sabe de dónde nacería la rama sana? Quizás el sabio, el poderoso, el Mesías, germinaría allí.

Un ligero grito sacó á Clotilde de sus reflexiones. La muselina de la cuna parecía animarse y respirar; era el niño que despertaba, llamando y agitándose. Le tomó

en sus brazos en seguida, le alzó alegremente en el aire para bañarle en la luz dorada del dormitorio. Pero el niño era insensible á aquel hermoso declinar del día; sus vagos ojos se apartaban del vasto cielo, en tanto que abría desmesuradamente su pico rosado, de pajarillo hambriento siempre. Lloraba tan fuerte, era un despertar tan voraz, que la madre se decidió á darle el pecho. Además, ya era tiempo; hacía tres horas que no había mamado.

Clotilde volvió á sentarse cerca de la mesa. Puso al niño sobre sus rodillas, donde no se quedó callado, sino chillando con más fuerza, impacientándose; ella le miraba sonriendo, mientras desabrochaba su bata. La teta apareció, la teta menuda y redonda apenas henchida por la leche. Una ligera aureola terrosa había coloreado solamente el pezón, destacándose en la delicada blancura de aquella desnudez de mujer joven y divinamente formada. El niño ya se sentía inquieto y movía los labios. Cuando Clotilde posó el seno en su boca, tuvo un ligero estremecimiento de satisfacción, y chupó con el rozagante y voraz apetito de un rorro que quiere vivir. Mamaba con toda su fuerza, con avidez. La manecita libre empuñaba la teta,

como para señalar su posesión, defenderse y conservarla. Luego, con la alegría del chorro continuo que sentía en la garganta, elevó el bracito en el aire, derecho como el asta de una bandera. Clotilde perseveraba en su inconsciente sonrisa, al verle tan vigoroso, nutriéndose de ella. En las primeras semanas, una grieta la había hecho sufrir mucho, y aún tenía el pecho delicado; pero sonreía, con el aire apacible de las madres, felices al dar su leche como darian su sangre.

Cuando hubo desatado su corpiño mostrando el seno, su desnudez maternal, apareció otro de sus misterios, un secreto de los más ocultos y de los más deliciosos: el fino collar de siete perlas, estrellas lácteas que el maestro había colocado en su cuello un día de miseria, en su loca manía de los regalos. Desde que lo llevaba, nadie lo había visto. Era parte de su pudor, era algo de su carne, tan sencilla, tan infantil. Y todo el tiempo que el niño mamaba, sólo ella lo veía enternecida, haciendo revivir el recuerdo de los besos, de que parecía conservar el penetrante olor.

Un lejano acorde de música sobresaltó á Clotilde. Volvió la cabeza, miró hacia el

campo rubio y dorado por el sol del ocaso. ¡Ah! Sí, aquella ceremonia, aquella piedra que allá abajo colocaban. Posó otra vez sus ojos en el niño, y se absorbió de nuevo en verle tragar con tan buen apetito. Clotilde había arrimado á sí un banquillo para apoyar el pie, elevando una de sus rodillas, y apoyaba la espalda en la mesa, al lado del árbol y de los fragmentos ennegrecidos de los legajos. Su pensamiento flotaba, encaminábase á una dulzura divina, mientras sentía en sí lo mejor de su vida, aquella leche pura que brotaba de sus entrañas. El niño estaba allí... el redentor tal vez. Habían sonado las campanas, los Reyes Magos bajaban del Oriente, seguidos de los pueblos, de toda la naturaleza, que celebraba la fiesta sonriendo al niño. Ella, la madre, mientras él bebía la vida, soñaba en el porvenir. ¿Qué llegaría á ser cuando, dándole todo su jugo, le hubiese hecho fuerte y grande? Un sabio que enseñaría al mundo algo de la verdad eterna, un capitán que inundaría de gloria á su país, ó, mejor aún, uno de aquellos pastores del pueblo que calman las pasiones y hacen reinar la justicia. Le veía muy hermoso, muy poderoso, muy bueno. Era el sueño de todas las madres, la certidumbre de llevar en su

seno al Mesías esperado; y había en tal esperanza, en tal creencia obstinada y misteriosa, en el triunfo seguro de su niño, la misma esperanza que produce la vida, la creencia que presta á la humanidad la fuerza, sin cesar renaciente, de seguir viviendo.

¿Qué sería aquel niño? Le miraba tratando de encontrarle semejanzas. De su padre, claro, tenía la frente y los ojos, y algo de la elevación y solidez y amplitud del cráneo. Ella también se reconocía en su boca fina y su barba delicada. Después, sordamente inquieta, buscaba el parecido de los otros, de los terribles ascendientes, todos los que estaban allí, en el árbol, esparcidos, retoñando de las hojas hereditarias. ¿Se parecía á éste, á aquél, al otro? Clotilde se calmaba y no podía esperar más, de tal modo estaba henchido de esperanza su corazón. La fe en la vida que el maestro había arraigado en ella, la conservaba vigorosa, en pie, incommovible. ¡Qué importaban las miserias, los sufrimientos, las tribulaciones! La salud estaba en el trabajo universal, en el poder que fecunda y amamanta. La obra era buena cuando el fin del amor era tener un hijo. De ese modo sonreía la esperanza, á pesar de las llagas extendidas y del negro

cuadro de las humanas vergüenzas. Era la vida perpetuada, renaciente, jamás maldita, aunque la envuelvan y agobien la miseria y el dolor.

Clotilde lanzó una ojeada involuntaria al árbol de sus antepasados desplegado y abierto. ¡Si! La amenaza estaba en él, ¡tantos crímenes, tanto lodo entre tantas lágrimas, y tanta bondad en el sufrimiento! ¡Una mezcla tan extraordinaria de lo excelente con lo peor, una humanidad en miniatura, con sus caídas y sus luchas! ¡Quién sabe! Tal vez hubiera sido mejor barrer con un rayo aquel hormiguero miserable y podrido. Y después de tantos Rougones, todos terribles, después de tanto Macquart desastroso, aún nacía uno más. La vida no temía seguir, en su valiente reto á la eternidad. La vida proseguía su obra, se propagaba, según sus leyes, indiferente á las hipótesis, marchando en su labor infinita. A riesgo de dar vida á monstruos, tenía que seguir creando, puesto que, á pesar de los enfermos y de los locos que suscita, no por eso deja de crear, sin duda con la ilusión de que á los robustos y los sabios les llegará su turno. ¡La vida, la vida que se desliza como un torrente, que continúa y vuelve á lanzarse hacia la conclusión ignorada! ¡La

vida en la cual nos zambullimos, la vida de las corrientes infinitas y opuestas, siempre en movimiento, inmensa, como un mar sin límites!

Un raptó de fervor maternal ascendió al corazón de Clotilde, feliz al sentir la voraz boquita chupar sin fin. ¡Era una plegaria, una invocación al niño como á un desconocido dios; al niño que sería hombre mañana, al genio que nacía quizá, al Mesías que esperaba al nuevo siglo, que sacaría á las gentes de sus dudas y de sus sufrimientos! Puesto que había que rehacer la nación, ¿no vendría el niño á realizar esa tarea? El aprendería con la experiencia, elevaría los muros, devolvería la certidumbre á los hombres vacilantes, edificaría la ciudad de la justicia, donde la única ley del trabajo aseguraría la felicidad. En los tiempos perturbados se debe esperar á los profetas. A no ser que fuera el Anticristo, el demonio devastador, la bestia que purgaría la tierra de la impureza, ya universal. Y la vida continuaría, á pesar de todo: era necesario esperar pacientemente miles de años antes de que apareciese el otro niño desconocido, el bienhechor.

El niño había agotado la teta derecha, y como rabiaba, Clotilde lo volvió, dándole el

pecho izquierdo. Luego sonrió bajo la caricia de las glotonas y desdentadas encías. Por lo menos ella tenía esperanza. Una madre es la imagen del mundo continuado y salvado. Clotilde se inclinó, encontrándose con los ojos lípidos del niño, que se abrían alegres, deseosos de luz. ¿Qué le diría su hijo para que sintiese latir el corazón bajo el agotado pecho? ¿Qué buena nueva anunciaría con la suave succión de su boca? ¿A qué causa sacrificaría su sangre, cuando fuese hombre robusto por virtud de aquella leche que había bebido? ¡Tal vez no decía nada, tal vez mentía ya, y, sin embargo, Clotilde se sentía tan dichosa, tan llena de absoluta confianzal

Nuevamente las campanas estallaron á lo lejos en repiques. Debía de ser la apoteosis, el instante en que Doña Felicidad, con su paleta de plata, colocaba la primera piedra del monumento elevado á la gloria de los Rougon. El cielo azul, que participaba del alborozo dominguero, estaba de fiesta. Y en el silencio, en la paz solitaria de la sala de trabajo, Clotilde sonreía á su niño, que seguía mamando con su bracito al aire, derecho, erguido como asta de bandera.

FIN

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen que se vende suelto á

DOCE REALES

La redacción de esta REVISTA la constituyen los siguientes escritores: Arenal (Doña Concepción), Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán (Doña Emilia), Palacio Valdés, Pío Margall, Thebussem, Valera y Zorrilla, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera estará redactada por Bourget, Cantu, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richpin, Tolstoy, Turguenev y Zola.

Precios de suscripción, pagando por adelantado: En España, un año, *treinta pesetas*.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben comenzar en Enero de cada año; los que se suscriban después de esta fecha recibirán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito á la administración.

El mejor elogio que puede hacerse de esta publicación es insertar el índice de algunos trabajos que en ella han salido á luz durante los cuatro primeros años: véanlo nuestros lectores.

Abate Marchena: Carta sobre el celibato eclesiástico.—Acosta de Samper: La mujer española en Santa Fe de Bogotá.—Alas: Páginas Castrenses; ¿Por qué está descontento el ejército?—Alcover: El pintor de Corinto (poesía).—Altamira: La cuestión académica.—Arenal (Concepción): La cuestión social y la paz armada; El Congreso Internacional de Amberes.—Asenjo Barbieri: La música de la len-